

SUNYI DEAN

*Los
devoradores
de libros*



Traducción de Laura Lecuona

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

LOS DEVORADORES DE LIBROS

Título original: *The Book Eaters*

© 2022, Sunyi Dean

Publicado originalmente por BooksEnds Literary Agency a través de Yañez, que forma parte de International Editors' Co. S.L. Literary Agency

Traducción: Laura Lecuona

Ilustraciones de portada: Shutterstock.com

Diseño de portada: Holly Macdonald © 2022, HarperCollins Publishers Ltd.

D.R. © 2023, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2023, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-124730-6-3

Depósito legal: B 6626-2023

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005730010323



ACTO 1
ANOCHECER



1

DEVON DE DÍA

TIEMPO PRESENTE

Apenas empezamos a navegar por una región extraña. Esperemos encontrar extrañas aventuras, extraños peligros.

Arthur Machen, *El terror*

Últimamente Devon sólo compraba tres cosas en las tiendas: libros, alcohol y crema para piel sensible. Los libros para devorarlos, el alcohol para mantenerse cuerda. La crema era para Cai, su hijo, que en ocasiones sufría de eccema, sobre todo en invierno.

En esa tienda no había libros, sólo hileras de escandalosas revistas. No le gustaban, y de todas formas en su casa tenía suficientes libros para comer. Pasó los ojos por las revistas (pornografía, herramientas, casa y jardín) hasta las hileras de abajo, con publicaciones infantiles de colores rosa y amarillo brillante.

Devon recorrió las portadas con las uñas mal cortadas. Pensó en comprarle una revista a Cai, porque en aquel momento parecían gustarle esa clase de lecturas, pero decidió que mejor no. Después de esa noche, sus gustos posiblemente cambiarían.

Caminó hacia el final del pasillo, con el linóleo arrugándose bajo sus botas de tacón alto, y puso la cesta en la caja. Cuatro botellas de vodka y un frasco de crema para la piel.



El cajero miró la cesta y luego a ella.

—¿Tiene identificación?

—¿Perdón?

—Que si tiene identificación —repitió lentamente, como si le hablara a alguien que no oyera bien.

Se lo quedó mirando.

—Tengo veintinueve años, por el amor de Dios —además tenía el aspecto de alguien con esos años encima.

Él se encogió de hombros, cruzó los brazos, esperó. Era bastante joven, a lo mucho dieciocho o diecinueve; la tienda era el negocio familiar y seguramente sólo trataba de cumplir con las reglas.

Se entendía, pero Devon no podía ayudarlo. No llevaba consigo identificación: ni acta de nacimiento, ni pasaporte ni carné de conducir. Nada. Oficialmente no existía.

—Olvídalo —Devon empujó la cesta y las botellas tintinearon—; conseguiré algo de beber en otra parte.

Salió a toda prisa, irritada. Hordas de adolescentes compraban alcohol en infinidad de tiendas a todas horas. En esos lugares era algo cotidiano. Que alguien decidiera pedirle la identificación *a ella*, a todas luces una adulta, era ridículo.

Ya había cruzado la calle mal iluminada cuando se dio cuenta de que no había comprado la crema. Olvidarla no era para tanto, pero le fallaba a Cas con tanta frecuencia y de tantas maneras distintas que hasta ese pequeño error bastaba para que se le retorcieran las entrañas.

Pensó en regresar, pero vio la hora. Ya eran casi las ocho de la noche; se arriesgaba a que se le hiciera tarde.

Además, el eccema no era nada en comparación con su hambre; era mucho más importante darle de comer. La ciudad de Newcastle era bastante bonita, si bien un poco ruidosa





para el gusto de Devon. En esa época del año el sol se ponía a las cuatro de la tarde y el cielo ya estaba completamente oscuro, con las farolas encendidas. La falta de luz ambiental le sentaba bien. Revisó compulsivamente el teléfono, con su breve lista de contactos. Ningún mensaje de texto, ninguna llamada.

Pasó por delante de una hilera de terrazas en mal estado. Los transeúntes iban y venían por la acera. Había un grupo de gente apiñada fuera de una de las casas, bebiendo y fumando. La música se filtraba por las ventanas sin cortinas. Devon giró a la izquierda en la calle principal para evitar las multitudes.

Había mucho que recordar cuando salía y se relacionaba con humanos. Fingir frío, por ejemplo. Al pensarlo se ciñó el abrigo, como si le molestara el fresco. Hacer ruido al caminar también. Arrastraba los pies pesadamente, moliendo la grava y el polvo bajo los talones. Las grandes botas le ayudaban a dar esos pasos lentos y pesados; la hacían parecer una niña de tres años con las botas de lluvia de una adulta.

Su vista en la oscuridad también era problemática. Tener que acordarse de entrecerrar los ojos abriéndose paso por la acera llena de basura cuando podía verla con toda claridad; tener que fingir un miedo que nunca sentía, pero que debería dominarla. Las mujeres humanas solas caminaban de noche con precaución.

En pocas palabras, Devon siempre tenía que actuar como presa, no como la depredadora en la que se había convertido.

Apresuró el paso; quería llegar a casa. El piso que alquilaba (sólo aceptaban efectivo, total discreción) ocupaba un espacio mísero encima de un taller mecánico. De día era ruidoso,apestaba a aceite y a todas horas había clientes conversando.



Las noches eran más tranquilas, aunque no menos malolientes.

Bajó por el callejón y subió por las escaleras hasta la entrada trasera. No había una puerta que diera a la calle, pero eso no era inconveniente: así podía entrar y salir por los oscuros callejones, sin miradas curiosas. También sus visitas, cuando las había, podían entrar y salir sin que nadie las viera. La privacidad era fundamental.

Devon sacó un juego de llaves que llevaba colgándole del cuello con un cordón. El cordón estaba enredado con una brújula de latón en una cadena de acero. Lo sacudió para liberarlo, introdujo la llave y batalló un poco con la cerradura antes de entrar.

Como ni ella ni su hijo necesitaban luz para ver, el piso siempre estaba oscuro. Ahorraban electricidad y le recordaba un poco los tiempos en que tuvieron un hogar acogedor: aquella fría tranquilidad entre tinieblas de Casa Fairweather, con sus pasillos teñidos de sombra y sus bibliotecas en penumbra.

Esa noche, sin embargo, esperaba compañía humana y encendió todas las luces.

Las bombillas, de mala calidad, parpadeaban casi anémicas. La vivienda tenía una claustrofóbica sala, una pequeña cocina con una mesa plegable, a la izquierda un baño y a la derecha un dormitorio con llave, donde su hijo pasaba casi todo el día. Dejó la bolsa junto a la puerta, colgó el abrigo en un gancho y se dirigió a su cuarto.

—¿Cai? ¿Estás despierto?

Primero silencio; luego, un leve movimiento al otro lado de la puerta.

—No tenían crema, lo siento —dijo—. Mañana te la consigo, ¿vale?

El movimiento se detuvo.

Siempre sentía la tentación de entrar y ofrecer algún tipo de consuelo. Cuando se cumplieran las tres semanas, el hambre habría hecho estragos; y cuando su delgado cuerpo empezara a producir toxinas, el sufrimiento se tornaría en insoportable agonía. La locura ya le roía la mente, cuya única cura era la siguiente comida, pero ni siquiera la comida disipaba el ansia; ésa siempre estaría ahí. Y él estaría acurrucado en un rincón, indiferente a todo, o bien la atacaría como perro rabioso.

Imposible saber cuál de las reacciones le tocaría, así que, con dedos temblorosos, en lugar de entrar se aseguró de que los cerrojos estuvieran echados. Uno en la parte superior y uno en la parte inferior, que ella misma instaló, y una cerradura común y corriente para la que se necesitaba una llave. El cuarto no tenía ventana debido a su incómoda situación junto a la tienda vecina, así que no hacía falta protección adicional. Para variar.

Alguien llamó la puerta del piso. Ella dio un respingo, se sentía mortificada y miró la hora. Las ocho y diez; justo a tiempo. Menos mal que no había regresado a por la crema.

Devon dejó pasar a su invitado. Tenía nombre, pero ella no quería pensar en él; prefería concentrarse en sus funciones, su profesión: el pastor de la localidad. Eso es lo que necesitaba ser, nada más y nada menos.

El párroco esperaba ansioso en la puerta. Vestía un abrigo negro y color mostaza que pudo haber estado a la moda cuarenta años antes. Tenía ojos amables, porte tranquilo y una paciencia impresionante con sus feligreses pendencieros. No era de los que acarician a los niños ni había detectado severos problemas personales, después de dos semanas de estar al

acecho. Todo mundo tenía sus pequeños vicios y sus problemitas, siempre, pero eso se daba por sentado, y a las insignificancias bien podía hacerles frente. Eran humanos, ¿qué se podía esperar?

—Gracias por venir —Devon se encorvó un poco más. Debía mostrarse inquieta, ser renuente y sobre todo vulnerable. Con esa actuación siempre caían—. Pensaba que no lo haría.

—No es problema —comenzó, sonriente—. Como le dije el domingo, vengo con mucho gusto.

Devon guardó silencio. Con expresión tímida jugueteaba con la brújula que llevaba al cuello. Había tenido esa conversación o alguna variante muchísimas veces; había probado con toda clase de parlamentos y había descubierto que lo mejor era dejar que ellos tomaran la iniciativa. Probablemente tendría que haberse puesto algo más femenino para parecer menos amenazante, pero despreciaba los vestidos.

—¿Puedo pasar? —aventuró él, y ella, fingiendo vergüenza por su descortesía, se apartó.

El pastor clavó la mirada en el destartado interior. No era para menos. Ella se disculpó torpemente por el estado del piso, como de costumbre, mientras él respondía que no se preocupara, según lo habitual.

Terminado el ritual, ella dijo:

—Mi hijo está fatal. He hablado con él hace rato y no respondía. Temo que usted no tendrá mucha suerte.

El pastor asintió; tenía la boca fruncida por la preocupación.

—Si quieres que lo intente, veré si puedo hablar con él.

Devon apretó los dientes para contener una risita desdenosa. Como si esa clase de problemas pudieran resolverse hablando. No era culpa del pastor, era ella quien había dicho

que Cai estaba deprimido. De todas formas la histeria se apoderó de ella.

El pastor seguía aguardando su respuesta. Ella aparentó un firme asentimiento, deseando que él interpretara sus emociones como el conflicto interno que se esperaba de ella en esas circunstancias, y lo condujo a la puerta cerrada.

—¿Encierras a tu hijo en este cuarto? —sonaba sorprendido, y, mientras quitaba los cerrojos, ella sentía el peso de su desaprobación. Seguramente pensaba que tenía que ver con el estado mental de Cai.

Si supiera.

—Es complicado —Devon giró la llave y se detuvo, consciente de su corazón acelerado—. Tengo que preguntarle algo.

—Dígame —replicó el pastor con cautela, con los sentidos alerta a un peligro que sus ojos no podían percibir.

No importaba. Él ya estaba perdido en el momento en que entró.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Es usted buena gente? —era la pregunta que la consumía cada vez, con cada víctima—. ¿Es amable?

Él frunció el ceño, pensando bien en cómo responder. Trataba de entender qué clase de palabras tranquilizadoras buscaba ella. Claro que sus posibilidades de adivinar eran inexistentes. De cualquier modo, su vacilación la tranquilizó. Los malos enseguida mentían con toda tranquilidad, o peor, ignoraban su preocupación, tomándosela a la ligera. Sólo quienes tenían conciencia se detenían a pensar en su pregunta.

—Nadie es buena gente siempre —sentenció al fin el pastor. Le puso una mano en el hombro, con tanta delicadeza y amabilidad que ella estuvo a punto de vomitar—. Lo único que podemos hacer es vivir con la luz que se nos da.



—Algunos no tenemos ninguna luz —dijo Devon—. ¿Entonces cómo se espera que vivamos?

Él parpadeó. Iba a decir algo cuando Devon lo cogió de la muñeca, abrió la puerta de golpe y lo empujó hacia dentro. El pastor no era débil pero Devon era mucho más fuerte de lo que parecía y tenía a su favor el factor sorpresa. Sobresaltado y jadeante, el hombre dio un tropezón y se encontró envuelto en la oscuridad de la habitación de Cai. Devon dio un portazo y la mantuvo cerrada con firmeza.

—Lo siento mucho —pareció disculparse a través del ojo de la cerradura—, lo hago lo mejor que puedo.

El pastor no respondió. Ya estaba sacudiéndose y dando de gritos.

No tenía sentido pedir perdón. De nada les sirven a las víctimas tus más sentidas disculpas cuando estás haciéndoles daño; lo que quieren es que pares. Pero Devon no podía complacerlas; en esos días no tenía otra cosa más que disculpas. Disculpas y alcohol.

El ruido de la lucha amortiguada del pastor se disipó en menos de un minuto. Ella no sabía qué era peor, si los lamentos o el silencio. Quizás eran igual de malos. Tras unos momentáneos titubeos, soltó el cerrojo de la puerta. ¿Para qué echarle llave? Cai ya no sería peligroso; mejor asegurarse de que pudiera salir de su habitación si lo deseaba.

El piso agobiaba, las paredes enmohecidas la dejaban totalmente abatida. Después de tantos días de hambre voraz, su hijo tendría que dormir y hacer la digestión. Mientras tanto, ella necesitaba un trago, pero el vodka se había acabado.

No, espera: todavía quedaba media botella de *whisky* que dejó la última persona a la que había llevado a su casa. A Devon no le gustaba el *whisky*, pero en ese momento estar



sobria le gustaba todavía menos. Al cabo de un par de minutos, rebuscando entre los estantes, dio con el alcohol errante.

Botella en mano, Devon se encerró en el minúsculo y lúgubre baño y bebió hasta perder el conocimiento.

A decorative graphic consisting of a central large number '2' surrounded by several smaller starburst symbols of varying sizes, arranged in a circular pattern.

2

UNA PRINCESA DE LINAJE MÁGICO

VEINTIDÓS AÑOS ANTES

Era una princesa de linaje mágico. Los dioses habían enviado sus sombras al bautismo.

Lord Dunsany,

La hija del rey del País de los Elfos

Devon tenía ocho años cuando conoció a su primer humano, aunque en ese momento no se dio cuenta de lo que era. O mejor dicho, no sabía lo que *ella* era.

Cuando era pequeña sólo existían las Seis Familias, dispersas en diferentes regiones de Gran Bretaña. La familia de Devon era la de los Fairweather, cuya propiedad de Yorkshire del Norte se hallaba entre colinas bajas y páramos salvajes. El tío Aike era el patriarca de la casa porque era el más sabio, aunque no el más viejo. A sus órdenes había una sucesión de otros tíos y tías que oscilaban entre los que acababan de llegar a la edad adulta hasta los discretamente antiguos.

Y a las órdenes de ellos estaban los siete hijos Fairweather, todos varones con excepción de Devon. Había muy pocas mujeres alrededor, pues las niñas eran muy poco comunes entre las Familias. Así como había más tíos que tías, los hermanos la superaban a ella en número. En esa época no existía ninguna novia. La madre de Devon era un rostro ya



olvidado, pues hacía tiempo que había pasado a otro contrato matrimonial.

—Eres la única princesa de nuestro pequeño castillo —le decía el tío Aike guiñándole un ojo. Alto y canoso, le gustaba reposar su larguirucho cuerpo en cómodas sillas y beber grandes cantidades de té de tinta. «Te toca ser la princesa Devon. Como en los cuentos de hadas, ¿eh?». Luego hacía un pequeño ademán con las manos, esbozando una sonrisa.

Y Devon se reía. Se ponía una corona de margaritas trenzadas y corría por el patio con su vestido de encaje hecho jirones gritando «¡Soy una princesa!». A veces trataba de jugar con las tías, porque si ella era una princesa, ellas tenían que ser reinas. Pero las mujeres mayores siempre se alejaban con miradas ansiosas y casi nunca salían de sus habitaciones. Devon al final decidió que eran aburridas y no insistió más.

La casa era un edificio de tres pisos y diez habitaciones. Podría haber sido bastante común y corriente para ese tipo de casa señorial si no fuera por la rocambolesca colección de parapetos, extensiones, techos de tejas y florituras góticas. («Eso se lo debemos a tu tío abuelo Bolton —dijo una vez el tío Aike—. Ah, la arquitectura era su preciado pasatiempo».)

Por debajo de la planta principal había más niveles, por los que se extendían pasillos encantadoramente retorcidos. Devon conocía todos los rincones, desde los oscuros vestíbulos subterráneos hasta las soleadas salas de música de los pisos superiores.

Y las bibliotecas. Como las demás familias, los Fairweather tenían bibliotecas con un sabor propio: libros antiguos cosidos en cuero meticulosamente añejado —mientras más oscuro, mejor—, con cubiertas repujadas. Cuando los abrían, las páginas con bordes marrones se iban escamando y desprendían





suaves y secas bocanadas que olían un poco a lluvia de marzo. Con un solo mordisco, los colmillos librescos de Devon se hundían en aquellas cubiertas y en los correosos cordeles de la encuadernación; su lengua cobraba vida con el sabor ácido del papel lleno de tinta.

—Biblicor —le gustaba decir al tío Aike, dejando que la palabra le rodara en la boca—. Es una palabra que significa *el olor de los libros muy antiguos*. Aquí nos encanta el biblicor. También otras cosas viejas.

—Todo lo que hay en la casa es viejo —decía Devon con una risita. Como los cuadros del comedor de abajo, que aparentaban cuatrocientos años de antigüedad—. ¡Creo que tú eres muy viejo!

El tío Aike siempre se reía y nunca se sentía ofendido.

—Quizá soy viejo, princesa, pero tú, con esa boquita, nunca llegarás a mi edad.

Esa boquita. Mucha gente comentaba la boca de Devon. Ella a veces se la examinaba en el espejo. Nunca le encontró nada de especial.

La tierra donde vivían se extendía inmensa a los ojos de una niña. Colinas rocosas rodeaban los páramos, llenos de hondonadas y turberas. En verano, cuando los páramos se teñían de púrpura con el brezo en flor, Devon perseguía conejos y urogallos. Dos veces encontró nutrias, cuyos colmillitos se parecían a sus colmillos librescos en crecimiento. En invierno, el césped se secaba y se llenaba de escarcha crujiente. Hacía muñecos de nieve con sus hermanos y corrían juntos, siempre descalzos, por los montes y los bosques de los valles.

Un buen día, una mañana de enero, Devon, a los ocho años, salió sola en busca de escribanos nivales y zorras rojas. Había oído a los zorros en la noche y esperaba poder ver al-



gungo correteando entre la nieve, como una llama ardiendo sobre el papel.

Había avanzado a duras penas trescientos metros hacia el bosquecillo detrás de la casona cuando un ruido desconocido llamó su atención. Alguien estaba caminando entre los árboles y la nieve con pasos fuertes y torpes. Nadie en Casa Fairweather tenía una manera tan pesada de caminar, y Devon, intrigada, fue a investigar.

Un hombre al que no reconocía caminaba trabajosamente, jadeando entre la nieve fresca. Era un adulto de edad indeterminada, de cabello oscuro, barba tupida y piel morena clara. Un bigote negro rizado le enmarcaba la nariz. Llevaba botas pesadas, pantalones largos, unas curiosas cosas tejidas en las manos y extrañas prendas abombadas abotonadas hasta la barbilla. En la cabeza usaba otra prenda tejida.

Tardó unos momentos en reconocer que eso que vestía eran unos guantes, un abrigo y un sombrero. Sabía de ellas por los cuentos pero nunca se las había visto puestas a una persona real. Su aspecto era muy distinto al de los adultos de la finca, que eran un poco más pálidos y casi siempre llevaban viejos trajes polvorientos. Se preguntó si no sería un caballero de las Seis Familias, pero los caballeros solían viajar en parejas, montados en motocicletas, con un dragón a cuestas. Éste no tenía pareja ni dragón, y definitivamente tampoco una motocicleta.

Llegó por detrás de él y le tocó el hombro.

—Hola —le dijo, y le dio risa ver cómo el hombre casi se cae de la impresión. ¿Cómo es que no la había visto? Seguramente todas esas telas le bloqueaban los sentidos.

—¡Santo...! —se contuvo y tomó aire. La escarcha le espolvoreaba las patillas oscuras; el dobladillo de sus pantalones se había empapado en la nieve derretida.

—¿De dónde vienes, pequeña?

Devon estaba fascinada. Hacía por lo menos dos años que no conseguía acercársele a nadie a hurtadillas.

—¿Eres uno de mis primos?

Ella lo rodeó dando saltitos.

—Nunca te había visto. ¿Por qué no has venido en coche? Creía que todos los primos venían en coche.

—¿Primo? No, no creo que seamos primos.

Por alguna razón, él seguía mirándole los pies descalzos y las rodillas, su vestido de lino sin mangas.

—¿No tienes frío, niña?

Ella se detuvo en el acto, desconcertada.

—¿A qué te refieres?

Ella sabía lo que era el frío por todos los libros que había comido. El frío era lo que provocaba que hubiera nieve en lugar de lluvia, como en el cuento de La reina de las nieves.

Ahora estaba nevando. Los copos ligeros le caían en los brazos y rellenaban sus huellas. Y no era igual que el calor: era templado y agradable, en vez de punzante. Pero el frío era una parte del mundo y sus estaciones, una sensación separada de la reacción. No era algo que tuviera que evitarse.

—Eres una niña fuerte dijo, con las cejas levantadas—. Para responder tu pregunta, no soy un primo. Soy un invitado, o eso creo.

Eso sí lo entendió Devon.

—Entonces eres muy grosero —le dijo ella con las manos en las caderas—. Si eres un invitado, se supone que debes decirme quién eres y de dónde vienes.

Ella sabía que en el mundo había personas que no eran primos suyos: los humanos, que comían carne de animales y plantas sucias que arrancaban de la tierra. Pero invitado o no,

familiar o no, todo el mundo tenía que mostrar un poco de lo que el tío Aike llamaba *cortesía elemental*.

—Ah, no me digas —respondió esbozando una sonrisa—. Muy bien, me disculpo. Soy Amarinder Patel pero me puedes llamar Mani. Soy periodista y vivo en Londres. ¿Conoces Londres?

Devon asintió. Todo el mundo conocía Londres. Allí vivían los Gladstone, muy al sur. Eran los más numerosos, ricos y poderosos de la Familia. Una vez conoció a unos primos que los visitaban.

—¿Y tú quién eres? —ahora Mani le mostró una sonrisa franca y sincera.

—Soy Devon Fairweather, de las Seis Familias —le informó—. Toda esta tierra pertenece a los Fairweather.

—¿Las seis familias? —repitió él.

Devon dejó a un lado la cortesía.

—¿Qué es un periorista? —si él no iba a hablar como se debía, pues ella tampoco.

—Periodista —la corrigió él, pronunciando lentamente—. Hago periodismo de investigación. Eso significa que voy a la caza de historias extrañas en las que indagar. A veces, las cosas que descubro salen en la tele. ¿No es emocionante?

—¿Qué es la tele?

Hubo otra pausa, esta vez más corta. Mani estaba aprendiendo a disimular su sorpresa.

—Devon... Tienes un nombre interesante, por cierto. He venido a buscar a tu familia. Hay rumores sobre un clan remoto que vive en los páramos. Mi idea es escribir una historia...

—¿Una historia? ¿Una nueva? —eso capturó el interés de Devon de inmediato—. ¿Todos los periodistas escriben historias?

—Bueno...

—¿Vas a escribir una para mí sola? —empezó a brotar de ella una pregunta tras otra, como en una ráfaga de emoción—. ¿Puedo comérmela cuando termines? Nunca me han escrito una especialmente para que yo la devore.

La sonrisa se desdibujó del rostro de él, como nieve derri-tiéndose en un tejado.

—¿Comértela?

—¿Así se hacen las historias? Siempre me lo he pregun-tado, pero el tío Aike dijo que me lo contará cuando sea más mayor. ¿Cómo se escribe una historia? Yo no sé escribir his-torias. ¿Será un libro cuando termines? ¿Todas las historias se convierten en libros?

—¿No sabes escribir? —preguntó él, desconcertado.

—¿Qué? ¡Claro que no! —se lo quedó mirando con los ojos como platos—. ¿Cómo podemos escribir? —si los devora-dores de libros pudieran escribir, no necesitarían los libros de los demás. Eso le habían dicho los tíos.

Mani suspiró lentamente,

—Entiendo —se levantó el cuello del abrigo—. ¿Tienes papá o mamá? —ante la confusión de Devon, agregó torciendo los labios—: Alguien que te cuide. Un adulto.

—Ah, ¿como el tío Aike? —respondió Devon, intentan-do disimular su decepción. Todas las visitas eran para el tío Aike—. Supongo que puedo llevarte con él —sabía que el extraño no desearía ver a las tías, porque a ellas nunca nadie quería visitarlas.

—Claro —dijo Mani con cierto pesimismo—, llévame con tu tío Aike.

Devon saltó entre la nieve acumulada; para que se le pasara la decepción buscó modos de consolarse. ¿Y qué si el visitante



quería ver al tío Aike? Ella había visto primero al visitante. Eso encendería los celos de Ramsey. También el de sus otros hermanos, pero ellos no le caían tan bien; casi todos eran mucho mayores que ella y muy aburridos; no jugaban tanto con una pequeña. De todas formas se lo restregaría a Ramsey en la cara durante toda la semana. Quizá hasta dos.

El bosque se fue haciendo menos denso, llegaron a las colinas rocosas de bordes suavizados por la escarcha y la casa apareció frente a su mirada, dando la ilusión de un libro infantil desplegable: los antiguos parapetos se recortaban incómodos contra la luz del anochecer invernal. Algunos de los hermanos de Devon estaban jugando a la pelota en los jardines de delante. Ninguno le prestó atención, excepto Ramsey, que la miraba lleno de asombro. Devon disfrutó su sorpresa con orgullo.

—No hay energía eléctrica, cultivos, ni ropa adecuada para ninguno de los niños. La casa está en mal estado y los terrenos tienen aspecto descuidado. Sin embargo, en el camino de entrada tienen unos coches modernos —susurraba Mani en un aparatito negro con una luz roja intermitente—. No puedo evitar preguntarme qué comen. Remoto y aislado por todas partes. ¿Será esta gente el origen de esas viejas leyendas locales? —se dio cuenta de que Devon lo estaba mirando fijamente y la desarmó con su sonrisa.

—¡Sígueme! —le dijo Devon conduciéndolo, extrañamente reacia, por debajo del arco que daba paso al vestíbulo.

La alfombra, que antaño habría sido exuberante, se extendía desgarrada y plana sobre un suelo de piedra toscamente labrada. Unos cristalinos dispositivos de iluminación colgaban oscuros e inmaculados, sin velas ni bombillas. Si alguna vez habían estado encendidos fue antes de que Devon naciera. Pa-



saron por habitaciones con sofás bajos o mesas de madera pulida; también los candelabros y las lámparas estaban sin usar. Las paredes estaban totalmente cubiertas de estanterías, interminables estanterías. El olor a biblicor lo impregnaba todo.

Al final del pasillo giró a la izquierda y entró en la sala, seguida por Mani. Varios de sus tíos estaban reunidos alrededor de una mesa de roble especialmente grande, jugando una partida de *bridge* y bebiendo té de tinta. En el momento en que entraron Devon y su visitante, cesó toda conversación. Todas las cabezas se giraron hacia ellos.

—¡Tío! —exclamó Devon—, ¡he encontrado a un invitado!

—Ya veo —el tío Aike dejó su abanico de naipes—. ¿Quién es usted, señor?

—Amarinder Patel, periodista independiente —dijo Mani extendiendo la mano—. Estaba buscando...

—Esto es propiedad privada —el tío Aike se levantó lentamente. Cuando no se encorvaba, medía más de un metro ochenta—. No tiene permiso de estar aquí. Los periodistas, en especial, no son bienvenidos.

Devon miraba perpleja. Nunca había visto a su tío favorito mostrarse tan poco amable. Tan falto de cortesía elemental.

Mani bajó la mano.

—Lo siento; habría llamado antes, pero ni siquiera estaba seguro de que usted y su familia vivieran aquí. No encontré su número de teléfono en el registro de la propiedad ni su nombre en la lista electoral.

—Por supuesto —el tío Aike se inclinó hacia delante, hundiendo los nudillos en la mesa—. ¿Y no se le ocurrió, señor Patel, que tal vez no queremos que la gente nos busque? Mucho menos un periodista. Los ciudadanos tenemos derecho a la privacidad.



El aire pareció espesarse; las preguntas de Devon se sofocaron. Estaba pasando algo que ella no entendía, aunque nadie parecía estar enfadado con ella.

Mani se ajustó las gafas.

—Muy bien. No hace falta que me acompañen a la puerta.

Pero en eso el tío Aike señaló un asiento vacío y dijo:

—Nada de eso; lo hecho, hecho está, y usted ya está aquí. Siéntese por favor —se le movió un músculo de la mejilla—. A esto ha venido, ¿no es así? ¿A ver a mi familia? Pues bien, venga a hablar con nosotros, charlemos como gente normal.

Mani jugueteó con su aparatito negro, dándole vueltas entre las manos. Desde el punto de vista de este hombre plenamente humano, había entrado en una sala oscura y lúgubre forrada de tomos desvencijados y poblada de figuras imponentes de rostro pálido y ropa anticuada. No era una situación apta para cardiacos.

Pero al cabo de un momento, su profesionalismo y su racionalidad se impusieron. Mani se acercó y se sentó, para quedar apretujado en medio del tío Bury y el tío Romford.

—Dev, mi amor —dijo el tío Aike, sin dejar de mirar al periodista—, ve a jugar, ¿vale? Aquí estaremos un rato hablando con el señor Patel.

—Pero... —Devon miró alicaída hacia la mesa donde su invitado estaba sentado muy rígido. Siempre tenía que marcharse cuando los mayores hablaban, qué injusto.

El tío Aike miró a Devon y suavizó un poco los hombros y el semblante.

—Te propongo algo, princesita. Sube a mi habitación y busca una de las ediciones especiales de los cuentos de hadas. Pero de las repisas de abajo, ¿eh? Nada de esos libros subidos de tono.





—Sí, sí —aceptó Devon llena de emoción y salió corriendo de ahí. Aunque no devoraba más que cuentos de hadas, algunos eran mejores que otros, y los especiales del estudio de su tío estaban deliciosos, con sus crujientes encuadernaciones doradas, los lazos para marcar las páginas, sus brillantes ilustraciones con tintas multicolor. Eran una explosión de color y chispas, palabras que se quedaban largo rato en el paladar.

Lo último que oyó antes de subir las escaleras a toda prisa fue a su tío diciendo:

—Romford, ¿cierras la puerta, por favor?

Para cuando llegó a la parte de arriba, ya se le había olvidado todo. El estudio del tío Aike ocupaba un cuarto más bien pequeño en el ala este, y allí se dirigió.

Entró sigilosa y silenciosamente. Esas paredes albergaban cuadros renacentistas y una ecléctica selección de instrumentos, entre ellos un laúd chino. Devon nunca había oído que su tío los tocara. Eran regalos de devoradores de libros de otros países, de cuando viajar al extranjero era un poco más sencillo. Ahora suponía demasiado papeleo.

Un escritorio y unas cuantas sillas formaban una acogedora sala de estar; el resto del espacio lo ocupaba casi por completo una cama *king size*. Las ventanas hacía tiempo que habían sido tapadas con tablas desde el interior para colocar más repisas. La más cercana albergaba múltiples ejemplares de diversas leyendas artúricas. Ésos por lo general se los daban a sus hermanos. Estaban llenos de historias que las niñas no necesitaban conocer.

Debajo de ésa había una hilera de cuentos de hadas. «La bella y la bestia», «La Cenicienta», «La bella durmiente», «Blancanieves» y varios más. Todos ellos, historias de niñas que buscaban y encontraban el amor, o bien que huían de



sus casas y encontraban la muerte. Casi podía oírlo decir: La lección está en el relato, mi amor. Ése era el estante que su tío le había especificado.

Devon tenía pensado algo distinto.

Sacó el taburete de madera que su tío guardaba bajo la cama y lo arrastró hasta allí. Si se ponía de puntillas, llegaba a la repisa más alta. Ésa era mucho más emocionante.

Desde su posición no podía ver qué libros había allí, pero no importaba. Todos esos libros estaban prohibidos, y por lo tanto eran deseables. Hasta la niña más obediente se cansaba de comer lo mismo todos los días. No iba a perder la oportunidad de probar algo distinto.

Tocó con los dedos el borde de un lomo encuadernado en papel y, al estirarlo para sacarlo, estuvo a punto de perder el equilibrio. Su tío se enfadaría si se enterara, y la castigaría dándole de comer aburridos diccionarios la semana entera, pero la emoción de lo prohibido hacía pensar que valía la pena el riesgo.

Se sentó en el taburete y miró su premio con atención. *Jane Eyre* era el nombre estampado en la tapa con una letra que no tenía nada de especial. En la cubierta de cuero rojo había una ilustración en relieve de una joven rodeada de flores. La fecha de impresión indicaba que la autora había muerto hacía mucho tiempo. La recorrió un escalofrío. Nunca dejaba de sorprenderle que las palabras pudieran seguir ahí, reimprimirse y empezar de nuevo mucho tiempo después de que su autor hubiera muerto. Devon lo abrió al azar.

Había degustado por primera vez la venganza: al principio me había parecido un buen vino, cálido y reconfortante; y

sin embargo el sabor de boca que dejaba a su paso, metálico y corrosivo, me hizo pensar en un veneno.

¡Qué exquisitamente excitante! Aquello no era propio ni de niñas ni de princesas. La idea de que la venganza pudiera tener el mismo sabor que un libro apasionante la dejaba intrigadísima. Esa novela, fuera lo que fuera, sería con toda seguridad mucho más interesante que el típico cuento de hadas.

Abrió la boca, desenvainó los colmillos y se detuvo. Se apoderó de ella el extraño impulso de no devorar el libro, sino simplemente guardárselo. Era posible leerlo, aunque estuviera un poquito mal.

Leer era vergonzoso.

Consumimos conocimiento escrito, habían dicho incontables veces sus tías y sus tíos. Consumimos, almacenamos y coleccionamos todas las formas de carne de papel, que es para lo que nos creó el Recolector y para lo que nos puso esta vestidura humana. Pero no leemos ni sabemos escribir.

Eso estaba bien, salvo que todo el mundo sabía que el Recolector no iba a volver. Los devoradores de libros vivirían y morirían sin pasar nunca su información a las bóvedas de datos incognoscibles del Recolector. Devon no veía a qué propósito podía servir eso.

Además, ya bastante malo era coger un libro de la repisa superior. No haría daño hacer algo apenas un poco peor.

Un pecado engendra otro; en un instante, la decisión estaba tomada. Devon se metió el libro en la blusa para llevarlo a su habitación, en el ala oeste. Se abrió paso a través de la buhardilla hasta el otro lado de la casa señorial; luego bajó y entró en su cuarto sin que la vieran. Para cuando hubo leído



un capítulo y escondido el ejemplar robado de *Jane Eyre* bajo el colchón había transcurrido casi una hora.

Salió de nuevo al pasillo, se alisó el vestido y procuró que el delito no se le reflejara en el semblante. La casa estaba muy tranquila, incluso para ser una tarde invernal. Las tías seguramente estaban reclusas en sus habitaciones, de las que rara vez salían. Los únicos sonidos eran los gritos y chillidos estridentes de sus hermanos, arremolinados fuera, pero hasta esos ruidos sonaban apagados, y más contenidos que cuando trajo a Mani.

Se levantó de golpe. ¡El periodista! ¿Cómo había podido olvidar a su invitado? Devon bajó los escalones de dos en dos y echó una carrera hacia la sala.

Su invitado ya se había ido. De hecho no había nadie en la sala, salvo el tío Aike, sentado junto a la chimenea con los pies en un taburete. Cuando entró Devon, levantó la mirada y le hizo un gesto para que se acercara.

—Pasa, mi amor. Siéntate.

Se acurrucó en la silla que estaba junto a su tío.

—¿Dónde está el periodista?

El señor Patel está descansando en una habitación del sótano —el tío Aike tenía las manos más suaves: nunca se enganchaban ni le tiraban del pelo cuando peinaba con los dedos su enredada cabellera.

—Mañana temprano vendrán los caballeros para llevárselo.

—¿Llevárselo? —Devon sólo había visto a los caballeros una vez. Eran serios y daban miedo. No eran, de ninguna manera, agradables o divertidos como su tío—. ¿Adónde?

—A Casa Ravenscar —dijo él, tras un instante de vacilación—. Está cerca de la costa, a muchos kilómetros de aquí. Su patriarca tiene un uso para los humanos.



—Oh —exclamó Devon, triste de que otra casa le robara a su invitado—. Yo quería que se quedara.

—Lo siento, princesa. Lo sé, pero me temo que el señor Patel no era un hombre agradable. Quería contarles historias de nosotros a otras personas.

—¿Pero las historias no son algo bueno?

—No, no todas son algo bueno, no —el tío Aike le dio un beso en la sien—. En esta casa tienes libros buenos para comer porque sólo de éstos te damos: las historias apropiadas para una princesita. Pero algunas historias son malas, y tu pobre señor Patel habría escrito historias muy malas.

Devon se quedó meditando sobre eso.

—¿Significa que era un escritor *estropeado*? —dijo al fin.

—De alguna manera —parecía divertido por lo que había dicho Devon—. Sí, podemos decir que está estropeado.

—Ya entiendo. ¿Entonces los Ravenscar van a arreglarlo, tío?

—Ya lo creo que sí, mi amor —dijo su tío, mirando la chimenea—, ya lo creo que sí.